

todos los que vivíamos entonces. Don Enrique abandonaba todos los caminos trillados, que son precisamente por los que van a gusto las reatas, porque el hacer camino nuevo supone muchos más tropiezos y fatigas. Lo más seguro y práctico de momento es siempre lo conocido, porque el crear, el iniciar o modificar lo rutinario es muy difícil, costoso y aún expuesto, sobre todo a que se dude de la sensatez y aún del equilibrio mental del reformador y menester es buen temple para no acabar claudicando y dando la razón a los elementos que invariablemente se concitan contra él. Y aún no dándose por vencido, el criterio gregario prevalece muchas veces anulando el buen resultado concebido, ya que no pueda hacerlo de la persona.

Y eso le pasó a D. Enrique en Alcázar, aunque no en Alcaraz ni en Aranjuez, como agricultor, como avicultor y como ganadero, cuando nadie se atrevía a introducir innovaciones en los procedimientos más arcaicos. Y en esto de la vega, la yeguada de D. Enrique criaba en el Ojuelo caballos preferentemente y caballos de casta y de brillo, es decir de lujo, lo más difícil y lo más costoso, si bien lo de más rendimiento y más prestigio al cabo. Los destetaban en la Casa del Preso y la remonta se efectuaba allí mismo en el chozo de Santa Elena. D. Enrique echaba los potros de destete a comerse los centenos para que se criaran con brío desde pequeños y les daba alfalfa.

Claro que esos caballos no iba nadie a comprarlos a la vega, que es lo más cómodo, había que prepararlos y presentarlos en el buen mercado, entre los briosos corceles de tiro o de monta, con buena



He aquí al mayoral Antonio Moreno Manzanero, el "Manchao" teniendo del ronzal al garañón de que se habla en el texto y al ayudador Utrilla, todos en la exposición de la Casa de Campo.

doma y mejor crianza. Y cualquiera recordará ver por Alcázar a los domadores y sus grandes trenes alegrando las calles de la Plaza y los llanos del "Praillo" y de la era Alta por las mañanas y por las tardes.

D. Enrique adquiría los sementales en las mejores cuadras de Jerez, de Garvey, de Bohorquez, de Guerrero, sin reparar en sacrificios, porque una vez le compró a esta última casa un semental italiano que tenía, al que decían "Irlandés", dándole 10.500 ptas. de las de entonces, de cuya magnífica operación se halló bien pesados el vendedor, porque D. Enrique le arrebató los mejores premios en todas las exposiciones con los ejemplares obtenidos de aquel soberbio alazán, aparte de vender en Madrid los troncos más vistosos de la época.

El criar ganado selecto no le impedía atender a lo vulgar pero con buena clase, como se ve en este garañón llamado el Patriarca de siete dedos y medio que